

Paseando por Bagdad en vehículo blindado

Tomás Alcoverro

Cada vez que puedo salir, bien escoltado a la ciudad, esta ciudad que visité por primera vez un verano de 1972, cuando aun era una capital provinciana con solo un gran hotel, el Hotel Bagdad, en la orilla del Tigris, trato de absorber su vida y retener sus paisajes. Bagdad es una ciudad muy peligrosa para sus habitantes, sobre todo en aquellos lugares como céntricas calles, mercados o zocos, concurridas mezquitas donde a menudo se consumen atentados, y a los que, pese a las incesantes carnicerías, la gente vuelve una y otra vez, porque no tienen más remedio que acudir a sus quehaceres, desplazarse de sus casas a sus trabajos, para cada día, vivir.

El Tigris, con sus meandros, con sus puentes, se va convirtiendo y, espectacularmente desde hace un par de años, en una suerte de línea fronteriza entre dos zonas, a uno y otro lado del río, en las que se concentran las poblaciones sunita y chiíta. Bagdad antes de estos sórdidos amagos de limpieza étnica, era una metrópoli de más de seis millones de habitantes, predominantemente sunitas, pero en la que vivían confundidos, o por lo menos cohabitaban en muchos sectores mixtos, todas las comunidades iraquíes, árabes, kurdos, turcomanos, asirios, además de la numerosa comunidad chiíta.

El nuevo Bagdad que emerge amenazadoramente de la violencia y la segregación, tiene los barrios de dominio sunita al oeste del Tigris en Karaj y los predominantemente chiítas al este del río, en Rusafa. En el sector de Karaj con Al Mansur, Yarmuk hay la zona verde y las partes mas residenciales y modernas de la capital donde había muchos edificios del derrocado régimen. En Rusafa están los antiguos palacios abasidas, el corazón popular de la capital y la extensa y populosa periferia de la Ciudad Sadr, feudo de los milicianos de Muqtada al 'Sadr.

Pero en estas zonas cada vez mas homogéneas, persisten las anomalías de población, los barrios de Karrada o Adamia, sunitas y cristianos en la orilla chiíta, o de Kadimiya chiíta en la parte sunita. Yo viví en Karrada, antes de la invasión estadounidense y británica, con sus minorías cristianas y sus iglesias, con su larga calle de Arasat el Hindie, de restaurantes y bares en que se expendían bebidas alcohólicas.

Es en las lindes cada vez más precisas de estos enclaves donde los combatientes extremistas de uno y otro bando, se enfrentan para fomentar una guerra a largo plazo que establezca, de hecho, estas desgarradoras fronteras confesionales. Con atentados suicidas, secuestros, disparos de mortero, ráfagas de ametralladora, ahuyentan a sus vecinos como en Beirut en los años setenta y ochenta, cuando la ciudad se escindió en las llamadas zonas occidental y oriental, musulmana y cristiana. Más de ciento sesenta mil personas han tenido que abandonar sus barrios e instalarse en otros bajo la sombra de sus respectivas comunidades confesionales. Algunos caricaturistas se atreven a dibujar viñetas sobre las "guerras y paces" a que se entrega la "liga de repúblicas de Bagdad".

Este trocear de barrios provoca la erección de muros, barreras de bloques de hormigón, la formación de somatenes o guardias armados que vigilan, día y noche. La geografía urbana de Bagdad se desmenuza, se "medievaliza" sin parar. Sus gentes reducen al máximo su espacio vital y, cada vez que deben desplazarse, se sienten en peligro porque nunca saben quién es el policía uniformado, el mercenario, el malhechor, porque no saben quién es su amigo y su enemigo. No hace falta toque de queda porque todos se encierran al atardecer en sus casas aunque sin suministro eléctrico seguro ni



Vista aérea del inicio de la calle Khulafa, desde el Ministerio de Sanidad.
Foto enviada por la Dra. Ghada Siliq. (Universidad de Bagdad)

agua potable. Hay albañiles que prefieren pernoctar en las obras antes que desplazarse.

En un vehículo blindado con un chaleco antibalas, y acompañado por los policías de escolta destacados en la embajada de España, he penetrado en la “zona verde”, la privilegiada área de Bagdad, sede de la gran representación diplomática estadounidense, de edificios de su administración y de las oficinas y residencias de los más prominentes gobernantes de Irak. En la “zona verde”, o internacional, como los norteamericanos la dominan para tratar de dar un aire menos exclusivo a este gueto, viven y trabajan miles de personas, sobre todo estadounidenses y extranjeros.

Es un espacio urbano en que hay ostentosos palacios del derrocado presidente Sadam Husein, como el de la República, con sus torres de las que fueron decapitados los bustos del estadista ahorcado. Muy cerca, sigue en pie un singular edificio de grácil estilo mediterráneo, obra del arquitecto catalán Sert, exilado en Harvard, que lo construyó en la década de los sesenta para la embajada de los EEUU, y que fue desafectado al romperse las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Los muros de hormigón, parapetos, “bunkers” y bloques de cemento armado que han desfigurado y destruido el paisaje de Bagdad, proliferan también en “la zona verde”, esta ciudad divorciada totalmente del mundo exterior que pretende hacer las veces de

capital de la antigua Mesopotamia e imponerse a la «zona roja» como se denomina a todos los restantes barrios de Bagdad.

Querría ver el edificio de Sert porque es una de las pocas obras arquitectónicas que han quedado indemnes, o que pueden visitarse, aunque sea a distancia, de las que se habían levantado a partir de mitad del pasado siglo para embellecer la capital. Primero el rey Faisal II y luego el presidente Sadam Husein fomentaron ambiciosos proyectos para la modernización de Bagdad, respectivamente tras el final del dominio colonial británico y del golpe de estado del partido Baas. A grandes arquitectos internacionales se les encargaron importantes obras: a Le Corbusier, un estadio deportivo, a Walter Gropius, una ciudad universitaria, a Gio Ponti, un ministerio, a Constantinos Doxiadis, un barrio residencial, a Ricardo Bofill, una gran mezquita. El estadio de Le Corbusier aun está abierto, pero el ministerio de Planificación ha quedado en ruinas, y en la ciudad ideal diseñada por Doxiadis se hacían las pobres viviendas de Ciudad Sadr. En cuanto al proyecto de la gran mezquita de Bofill, nunca llegó a realizarse. Este tiempo de Bagdad, ciudad de espejismos, de modernas obras arquitectónicas, fue la época en que florecieron las artes y las letras, en que los pintores iraquíes eran muy cotizados, y se publicaban excelentes revistas de poesía vanguardista.

Hace tiempo que cerraron los restaurantes de la calle Abu Nauas, la más amena de la ciudad, con sus restaurantes en la orilla del Tigris donde se servía el típico pescado, la carpa de río o *masguf* que los clientes elegían en sus surtidores para freírlos en el fuego de leña, y con sus desvencijadas cafeterías, entre eucaliptos, donde se jugaba al tric trac o tablas reales. Recuerdo la alegría de aquella calle de mi primer viaje a Bagdad... final.

Corresponsal de *La Vanguardia*
en el Próximo Oriente